



RAFAEL PALMERO RAMOS OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE

VIDA CONSAGRADA Y FAMILIA

Jornada Mundial de la Vida Consagrada
2 de febrero de 2007

Queridos diocesanos:

“Pertener totalmente a Cristo, explica nuestro querido Papa Benedicto XVI, quiere decir arder con su amor incandescente, quedar transformados por el esplendor de su belleza: nuestra pequeñez se le ofrece como sacrificio de suave fragancia a fin de que se convierta en testimonio de la grandeza de su presencia para nuestro tiempo, que tanta necesidad tiene de quedar ebrio por la riqueza de su gracia. Pertener al Señor: ésta es la misión de los hombres y mujeres que han optado por seguir a Cristo casto, pobre y obediente, para que el mundo crea y se salve”.

Los consagrados, expertos en santidad

La vida consagrada nace de una experiencia de Dios, cuyo ámbito más adecuado es la insatisfacción. *“Todo es nada y pasa en breve”*, asegura Santa Teresa de Jesús. El insatisfecho de todo se torna buscador y necesitado de un *“no sé qué”*, según San Juan de la Cruz. Un no sé qué que da sentido a la existencia personal. El pensador puede llegar a colegir que si existe algo, puede ser amor. El consagrado es testigo fehaciente de que existe Alguien y que este Alguien es Amor. Amor personal que se entrega y que puede pedir la totalidad del corazón humano.

Dicha experiencia se tiene como irrupción del Dios Amor en la vida concreta del ser humano. Juan Pablo II presentaba en su exhortación *Vita Consecrata* el icono de la transfiguración del Señor como prototipo de la experiencia de la santidad de Dios. Infinito, eterno y misericordioso.

*“Sabor del bien que es finito
lo más que puede llegar
es saciar el apetito
y estragar el paladar”.*

La precisión es de San Juan de la Cruz, maestro de espiritualidad.

Cuando el paladar está estragado de gustar la tierra, ya no distingue los sabores. Dios se presenta como el Sumo Bien, todo Bondad y Hermosura. Tiene sabor de Infinito. Y Cristo, nuestro hermano, aparece como el incomparable. *“Nadie se te puede comparar”* (Salmo 39,6) El Hijo de Dios es *“el más bello de los hombres”* (Salmo 44). Los santos hablan de esta irrupción imparables de Dios en nuestra vida, como aproximación a la esencia divina. *“¡Oh, Hermosura que excedéis a todas las hermosuras!”*, cantaba Santa Teresa de Jesús.

La Hermosura, cuando lo es en verdad, pasa a ser personal. Seduce, porque tiene corazón. *“Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir”* (Jer 20,7). Dios toma nuestro corazón. Y su Santidad es la belleza que cautiva. San Pablo, experto en descubrir la belleza de Dios, *“lo tiene todo por basura con tal de ganar a Cristo e incorporarse a Él”* (Fil 3,8). San Juan de la Cruz poéticamente repetía:

*“Por toda la hermosura
nunca yo me perderé
sino por un no sé qué
que se alcanza por ventura”.*

La cercanía de Dios llega a desbancar todo otro atractivo y deja plasmado al Indefinible en el alma, como *“un no sé qué”* inconfundible, cuyos *“ojos deseados tengo en mis entrañas dibujados”*. Volvemos a San Juan de la Cruz.

A partir de ese momento uno sabe por experiencia lo que busca y lo que quiere. El *“no sé qué”* toma rostro y se personaliza en Jesucristo hasta hacernos capaces de arriesgar la vida por Él. Todo consagrado es, pues, un enamorado de la belleza de Dios, que lo ha intuido en el interior de sí mismo. Y lo es por *“ventura”*, es decir, por don inmerecido. De esta manera resulta fácil entender que la consagración es dedicación y entrega, cuando se ha experimentado la santidad de Dios. De aquí que la Vida Consagrada exija santidad en sus miembros: *“seréis santos porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo”* (Luc 11,22). Y *“divino ha de ser el que trata con la divinidad”*, escribía el Maestro Ávila.

El más bello de los hombres tiene una hermosura peculiar, única, según un canon misterioso del amor. Su rostro es un rostro ensangrentado. Su hermosura, la del amor crucificado. Amor que no es intuido sólo genéricamente, sino que hay que personalizarlo. *“Me amó y se entregó por mí”* (Gal 2, 20). El atractivo de Jesucristo es la belleza de la vida que se entrega, que sigue estando cerca. Cristo crucificado, resucitado y vivo, permanece en la Eucaristía, por todos y cada uno de nosotros. *“El amor me ha elegido a mí aunque soy poca cosa”*, repetía Santa Teresa de Lisieux.

Muchos consagrados vivís en familia

No basta ser del Señor. La vida consagrada se percibe generalmente, salvo el particular carisma de la soledad, como una llamada a la vida comunitaria. Y el paradigma es Dios mismo, *“de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra”* (Ef 3, 15). El Dios en quien creemos vive en familia. Las relaciones de amor entre las tres personas divinas son el prototipo de toda familia. La Trinidad es la primera Familia Sagrada. Del amor entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo brota el proyecto de Dios de que todo ser humano nazca y crezca en familia. El mismo Hijo de Dios recorrió ese itinerario en su Encarnación. Los nombres de Padre e Hijo son nombres que nos remiten a esta realidad familiar.

Quizá por eso quiso el Señor que sus seguidores formen también grupo familiar. *“Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea...”* decía Jesús (Mt 28, 9). El verdadero vínculo de unidad es Él mismo, y objetivo comunitario de los consagrados es amar juntos a Jesús, *“muy amado individualmente a través de la Historia con mucha perfección. Pero amarle juntos es un reto que sigue teniendo la vida consagrada”*, repetía una Carmelita Descalza, cercana a nosotros, María Isabel del Amor Misericordioso. Por eso la vida en común es un gozo, una suerte, cuando se tiene un único corazón que late en todos los individuos que forman la comunidad. *“Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos”* (Salmo 132).

Cada familia religiosa, cada comunidad de vida consagrada es, en consecuencia, un hogar, en el que se comparte el pan, y también el ideal común que es Jesucristo. En Él confluyen nuestras miradas: *“no miremos a otra parte sino a la gloria de Dios, y ésta busquemos y de ésta seamos pregoneros”* (San Juan de Ávila). Así lo proclama y lo evidencia con fuerza y fecundidad la auténtica vida fraterna. Sin olvidar que la gloria de Dios conlleva, al menos en ocasiones, ocultar y perder la propia vida...

Los consagrados, expertos en humanidad

Cuidar de las ovejas de Cristo, ocuparse de los hermanos más pequeños, sólo es posible teniendo los ojos del Buen Pastor. Mientras el egoísmo engendra miopía ante las necesidades de los demás, la caridad de Cristo regala visibilidad: *“Cuando Dios entra en el alma, la ensancha de tal manera que nadie se encuentra estrecho allí”*. Esta frase de San Vicente de Paúl, evidencia que la preocupación por los demás nace de la presencia de Dios en el alma y se proyecta en los hermanos, que llegan a ser sus santuarios, sobre todo en el caso de quienes por experimentar más fuertemente la sensación de ausencia de Dios. También en los que padecen carencia de los más elementales medios de subsistencia.

Desde el carisma fundacional de consagrados, contemplativos o activos, se experimenta el fuerte deseo y compromiso serio de ir a los demás, con modos muy diversos. Unos y otros plantan de hecho sus casas en el entorno de la pobreza lacerante, hermanando sus vidas con los desfavorecidos de la tierra, haciéndose Iglesia samaritana y ofreciendo la evangelización que su pobreza provoca en el consagrado. La pobreza hace pobre al heraldo del

Evangelio pero también sobrio, austero y generoso. Los pobres desinstalan nuestras vidas y nos sitúan en la dinámica de lo provisional. Los consagrados palpan cada día las limitaciones del hombre y sus fracasos por reflotar sus vidas, sus desconciertos y desesperanzas. Hay consagrados al lado de quienes viven problemas de siempre y junto a las nuevas situaciones o retos de la humanidad. Están los consagrados cerca y lejos, porque viven en el seno de la misma Iglesia. En la educación de los niños y de los jóvenes, junto a los enfermos y ancianos, en los barrios y en las misiones. Los consagrados saben de los sinsabores de las familias y de los fracasos del ser humano. El paso por la historia del hombre les hace expertos en humanidad. Por su experiencia de Dios y porque son expertos en humanidad, los consagrados son los mejores hijos de la Iglesia. Constituyen el corazón mismo de tan buena Madre.

La Vida Consagrada en nuestra Iglesia Diocesana cuenta con 12 comunidades que moran en Monasterios de vida contemplativa y con 91 familias de religiosos, institutos seculares, sociedades de vida apostólica y vírgenes consagradas seglares. Una hermosa realidad abierta a la invitación que el Señor sigue haciendo, sobre todo a los jóvenes. Él sigue confiando, cómo no, como confiamos muchos, en abundantes respuestas generosas... Os necesitamos mucho.

Haciendo mías las palabras del Santo Padre, nuestro querido Papa Benedicto XVI, en voz alta y en tono oracional os digo:

“Queridos hermanos y hermanas, os agradezco el servicio que prestáis al Evangelio, vuestro amor a los pobres y a los que sufren, vuestro esfuerzo en el campo de la educación y la cultura, la incesante oración que se eleva desde los Monasterios y la multiforme actividad que lleváis a cabo”.

A handwritten signature in black ink, starting with a cross symbol and the name 'Rafael' in a cursive script.

+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante